



LLAMADA
DE MEDIANOCHÉ

INSTITUTO BÍBLICO ONLINE

ANTROPOLOGÍA

EXPONE

• Matías Espinel •



Llamada de Medianoche Uruguay



+598 99 000 540



LlamadaWeb.org



Temario

I. Introducción

1. Concepto de antropología teológica
2. ¿Por qué estudiar la antropología teológica?
3. La creación del hombre

II. El hombre hecho a la imagen de Dios

1. El hombre hecho a imagen y semejanza de Dios

III. La composición del hombre

1. El monismo
2. La dicotomía antropológica
3. La tricotomía del hombre

IV. El comienzo de la vida

1. Perspectivas erróneas
2. Perspectiva bíblica
3. ¿Cuándo es dada el alma al hombre?
 - a. Traducianismo
 - b. Creacionismo



I. Introducción

1. Concepto de antropología teológica

La antropología teológica o “teología del hombre” tiene como objeto de estudio la persona humana a la luz de la enseñanza que la revelación cristiana hace de él. Podríamos decir que se trata del estudio de lo que Dios cree y piensa acerca del hombre, y lo que Él mismo nos ha revelado.

La antropología teológica se fue abriendo paso en la teología, sobre todo en lo que respecta a la condición del hombre como criatura, pecador y agraciado. Esta recoge y unifica las temáticas de otras ramas de la teología, las cuales fueron agrupadas en el “*de Deo creante et elevante*” (Suma de la sagrada teología escolástica, que abarca los distintos temas: sobre la creación del mundo en general, los ángeles, la naturaleza del hombre, la elevación del hombre y el pecado) y “*de gratia Christi*”. Esta rama de la teología no comenzó a afirmarse hasta el Concilio Vaticano II (1962-1965), por lo que se trata de un estudio reciente. La gracia divina era estudiada por disciplinas como la cristología y la eclesiología. Sin embargo, la antropología tiene su enfoque en el hombre como criatura que es pecadora o que ha sido elevada. Partiendo de este punto se derivan contenidos diversos. La antropología no se enfoca tanto en la relación de Dios con el hombre, sino en el hombre en su relación con Dios, es decir, cómo la creación, el pecado o la gracia influyen en este. La creación no es vista simplemente como el principio, sino más bien como un evento que determina al hombre actual. Estos orígenes dan sentido al hombre presente, al igual que ocurre con el pecado original. La antropología trae nuevamente la teología de la imagen, la cual ha estado ausente en los grandes tratados teológicos.

Es importante recalcar que el adjetivo “teológica” limita el método a seguir para su estudio a la revelación de las Escrituras, lo que estas dicen que somos a la luz del Señor Jesucristo, quien a su vez es la imagen del Padre.

La antropología teológica tampoco puede prescindir del estudio de otras criaturas que intervienen en la historia de la salvación del hombre, como son los ángeles, aunque en muchas ocasiones es relegado a disciplinas como la angelología y la demonología. Sin embargo, el estudio antropológico debe centrarse en el hombre como destinatario y objeto de la revelación divina. Precisamente, la verdad de las Escrituras reveladas al hombre, ponen a la luz quién es este y a qué está llamado, dando coherencia a nuestra existencia en relación con nuestro destino (propósito). No obstante, todo este conocimiento debe contemplarse bajo una luz profunda: la relación que el hombre tiene con Dios. Una relación totalmente libre, de amor y filialidad del hombre pecador con el Dios Trino.



2. ¿Por qué estudiar antropología teológica?

Sin duda, hemos visto en Occidente que el concepto de modernidad, respecto a la subjetividad del hombre propuesto por Hegel, no satisfizo la necesidad de sentido que el ser humano demanda en su infinitud. La mismidad de la modernidad, es decir, el ser en sí mismo, sin proceso ni historia, contrasta con la dimensión existencial del hombre y la importancia que este da a su historicidad. El hombre se sigue preguntando sobre el vínculo que hay entre el ser y el estar en este mundo. La antropología teológica intenta conectar los aspectos metafísicos de la existencia con el hombre como ser creado que interactúa con el mundo, es decir, con la antropología.

La constitución del hombre, provista de razonamientos y sentimientos, su ubicación en el espacio, su experimentación del tiempo y el pensamiento sobre lo inevitable de la muerte, su anhelo de felicidad y su necesidad de interactuar con otros para sentirse realizado, nos habla de una existencia humana que demanda un sentido más profundo que aquel que deviene del pensamiento filosófico o antropológico, y se encuentra divorciado de todo aspecto teológico.

Las preguntas de los hombres respecto a la verdad del ser (¿quién soy?) no solo refieren a aspectos del pensamiento (¿qué puedo saber?), sino que se vinculan por ejemplo a nuestra responsabilidad (¿qué debo hacer?) y a nuestra superación, en la cual nos esforzamos por mantener una esperanza futura (¿qué puedo esperar de mí?).

La teología cristiana se ha esforzado en dar respuestas satisfactorias por medio de la imagen bíblica del hombre aplicada a la experiencia del sujeto moderno, encontrando en la naturaleza (la creación), la historia (donde se expresa la relación de los hombres con lo divino) y Dios (quien determina todas las cosas vinculadas al ser) un sentido más profundo de su existencia.

¿En qué medida la revelación enriquece la identidad del hombre en su nivel más trascendental, aunque también experiencial, en temas como nacer, ser, estar, vivir en el tiempo, existir en un cuerpo, amar o morir? La antropología teológica fortalece la identidad del hombre en la figura de Cristo, quien es la inspiración original y la medida definitiva.

Es importante entender que la experiencia humana sobre la vida es proyectiva, es decir, somos siempre en relación con otras personas, de allí que sufrimos y amamos, y de allí también que damos trascendencia a la muerte. La antropología teológica forma tal identidad en la relación con Jesucristo, siendo objeto de identificación en su humanidad y de propósito en su divinidad.

En conclusión, la antropología teológica da respuestas a las cuestiones identitarias del hombre por medio de la revelación divina y la relación con Jesucristo, algo que la antropología moderna no pudo dar ni encontrar en el yo absoluto de Fichte, donde el hombre toma la figura de creador y no hay nada eterno fuera de este.



3. La creación del hombre

Existen dos posturas distintas respecto a la relación que el pueblo de Israel tenía con el relato de la creación. Algunos dicen que el pueblo de Israel no solía enumerar las obras de la creación, sino más bien aquellos hechos en los cuales Dios había intervenido de manera extraordinaria a su favor: la salida de Egipto bajo el liderazgo de Moisés, el paso por el mar Rojo, el sustento milagroso de Dios en el desierto y la conquista de la tierra prometida (compárese con Deuteronomio 26:5-9; Éxodo 20:2; Josué 24:16-18). Es decir, preferían exaltar al Dios libertador y no tanto al Dios creador. El origen de la historia de Dios comienza en la alianza hecha con su pueblo, interpretando incluso el origen de la creación bajo esta perspectiva, es decir, desde la teología de la alianza. El Dios que liberó a Israel del yugo egipcio es también el creador de todas las cosas, por lo tanto, la creación era un elemento que servía a la alianza, o más bien, la alianza había sido siempre el fundamento de la creación: Dios habría creado todo para establecer una alianza con los hombres.

La segunda postura sostiene, sin embargo, que la creación y la alianza son elementos independientes. Estos teólogos aseguran que la idea de la creación era anterior a la de la alianza, pues todas las culturas admiten el comienzo de la creación en manos de un ser superior, por lo tanto, no sería diferente con el pueblo de Israel. La creación y la alianza son dos manifestaciones del amor divino. Ambas son producto de un Dios poderoso que ama a la humanidad, sin embargo, son actos independientes. El amor de Dios expresado en la creación se perfecciona en la alianza. No se trata de una etiología histórica, como suelen afirmar algunos. La etiología histórica es la explicación de un fenómeno por medio de un hecho pasado. Por lo tanto, debemos descartar la explicación de que la historia de la creación en Génesis es una manera de narrar la alianza de Dios con el pueblo judío. Sin duda, el relato del primer libro de la Biblia nos presenta a un Dios sin origen, que está al comienzo de todo como Señor de todo lo creado. Todo lo creado procede única y exclusivamente de Dios.

Dicho esto, no podemos separar el texto de una intención hebrea por reforzar su identidad y delimitar su fe. Israel presenta un texto monoteísta, con un Dios que crea con poder, con el fin de separarse de los pueblos politeístas, panteístas y emanatistas. En este caso, el Dios creador es distinto de la materia. No nace ni se identifica con ella. Es un Dios que sostiene lo creado y que ha puesto al hombre como el centro de la creación.

Génesis 1:1-2, 4a dice: *“En el principio creó Dios los cielos y la tierra. Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas [...]. Conoció Adán a su mujer Eva, la cual concibió y dio a luz a Caín...”*.

El texto de Génesis es absolutamente armonioso. La obra de Dios es ordenada. En los tres primeros



días se pone orden al caos, lo que produce los espacios vacíos donde habitarán más tarde sus criaturas. En el día 1 separa la luz y las tinieblas. Se corresponde esto con el día cuatro, con la creación del sol, la luna y las estrellas. En el día 2, separa Dios las aguas superiores de las inferiores. Esto corresponde al día 5, donde son creadas las aves y los peces. La separación del mar y la tierra del día 3, donde se añade la creación de las plantas, sirven para dar lugar a los animales terrestres y al hombre, los cuales son creados en el día 6. En el día 7 se introduce el descanso, consagrándose como el día del Señor.

Existen cuatro expresiones hebreas en el relato de la creación que nos permiten acercarnos más al concepto del autor acerca de esta temática.

La primera expresión es *bará*, un verbo que indica una acción divina que, sin materia alguna que preceda a la acción genera un nuevo efecto. Dicho de otro modo, *bará* es crear de la nada (*ex nihilo*).

Otra expresión importante es “los cielos y la tierra” para designar todo el universo o todo lo creado.

La tercera expresión que debemos subrayar es “desordenada y vacía”. A diferencia de las mitologías orientales, Dios no tiene su origen en el caos, sino que lo precede y tiene absoluto control y dominio sobre este. De todas formas, no podríamos decir que el caos sea algo, sino más bien ausencia de algo. La expresión utilizada es *tohu wabohu*, la cual representa la nada absoluta.

La última expresión que remarcar es “en el principio”, la cual puede ser vista de dos maneras: como un principio absoluto o como un principio relativo. La segunda forma, la de un principio relativo, parece ser la más aceptada. En ese caso, el texto diría algo así: “... al principio de la creación de Yahvé, la tierra era caos y confusión”. Muchos exegetas entienden que este primer versículo resume toda la narración, pues parece incluir todo lo explicitado en el capítulo.

Ahora, necesitamos seguir leyendo para enterarnos del medio que Dios utilizó para su creación: la palabra. Un Dios que crea con la palabra es un Dios personal, que carece de toda coacción o limitación. Yahvé es libre para hacer todo lo que esté en su voluntad. Esto rechaza la postura del emanatismo de Plotino, donde toda la creación emana del Uno (Dios), es decir que la multiplicidad de las cosas surge por irradiación de Dios, quien permanece inmutable. Además, rechaza el determinismo en la creación, dicho de otra forma, se opone a la idea de una serie de condiciones iniciales que limiten al Creador. En el relato de la creación, la palabra brota con libertad del ser inteligente que la pronuncia. Sin esfuerzo o resistencia interna o externa, las cosas son creadas por el sonido de su voz: “*Por la palabra de Yahvé fueron hechos los cielos, por el soplo de su boca toda su mesnada*” (Sal. 33:6); “*Sí, es mi mano la que fundamentó la tierra y mi diestra la que extendió los cielos. Yo los llamo y todos se presentan*” (Is. 48:13). La Biblia dice que todo ha sido hecho conforme a su plan preconcebido. Para los israelitas, también el pueblo ha sido creado con su palabra, por la cual además se estableció la alianza. La misma palabra que guía los acontecimientos de la historia es la que ha creado al mundo.

Sin duda, vemos en el relato de la creación una estructura piramidal, donde las criaturas van de menos a más en el proceso creador.



Las plantas brotan de la tierra, los animales son bendecidos de manera especial, sin embargo, dependen también de la tierra: “*pululen las aguas*”, “*produzca la tierra*”. El hombre se encuentra en lo más alto de la pirámide, siendo una obra especial a la cual Dios confía el dominio de la tierra.

Como dijimos, todo ha sido creado según los planes divinos, y precisamente este es el significado de una cláusula que se repite cada día: “*Y vio Dios que era bueno*”. No es bueno por una evaluación posterior, sino que lo es a causa de que Dios lo ha hecho según su propósito, a su manera, sin ningún tipo de resistencia.

Respecto al séptimo día, el descanso sabático, existe una variedad de opiniones entre los eruditos. Algunos dicen que indica el fin de toda la creación en este mundo y el comienzo de la administración del hombre sobre lo creado. Otros afirman que Moisés intentaba justificar de esta manera la consagración del descanso semanal a la vuelta del destierro. Esta interpretación se apoya en Éxodo 20:8-11: “*Recuerda el día del sábado para santificarlo. Seis días trabajarás y harás todos tus trabajos, pero el día séptimo es día de descanso para Yahvé, tu dios. No harás ningún trabajo, ni tú, ni tu hijo, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu ganado, ni el forastero que habita en tu ciudad. Pues en seis días hizo Yahvé el cielo y la tierra, el mar y todo cuanto contienen, y el séptimo descansó, por eso bendijo Yahvé el día del sábado y lo hizo sagrado*”.

Veamos Génesis 2:4b-25a: “... *el día que Jehová Dios hizo la tierra y los cielos, y toda planta del campo antes que fuese en la tierra, y toda hierba del campo antes que naciese; porque Jehová Dios aún no había hecho llover sobre la tierra, ni había hombre para que labrase la tierra, sino que subía de la tierra un vapor, el cual regaba toda la faz de la tierra. Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente. Y Jehová Dios plantó un huerto en Edén, al oriente; y puso allí al hombre que había formado. Y Jehová Dios hizo nacer de la tierra todo árbol delicioso a la vista, y bueno para comer; también el árbol de vida en medio del huerto, y el árbol de la ciencia del bien y del mal. Y salía de Edén un río para regar el huerto, y de allí se repartía en cuatro brazos. El nombre del uno era Pisón; este es el que rodea toda la tierra de Havila, donde hay oro; y el oro de aquella tierra es bueno; hay allí también bedelio y ónice. El nombre del segundo río es Gihón; este es el que rodea toda la tierra de Cus. Y el nombre del tercer río es Hidekel; este es el que va al oriente de Asiria. Y el cuarto río es el Éufrates. Tomó, pues, Jehová Dios al hombre, y lo puso en el huerto de Edén, para que lo labrara y lo guardase. Y mandó Jehová Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás. Y dijo Jehová Dios: No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él. Jehová Dios formó, pues, de la tierra toda bestia del campo, y toda ave de los cielos, y las trajo a Adán para que viese cómo las había de llamar; y todo lo que Adán llamó a los animales vivientes, ese es su nombre. Y puso Adán nombre a toda bestia y ave de los cielos y a todo ganado del campo; mas para Adán no se halló ayuda idónea para él. Entonces*



Jehová Dios hizo caer sueño profundo sobre Adán, y mientras este dormía, tomó una de sus costillas, y cerró la carne en su lugar. Y de la costilla que Jehová Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre. Dijo entonces Adán: Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; esta será llamada Varona, porque del varón fue tomada. Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne. Y estaban ambos desnudos, Adán y su mujer, y no se avergonzaban”.

Al contrario de lo que se suele decir, el capítulo 2 no pretende narrar la creación del capítulo 1 de manera más detallada, sino que más bien se trata del comienzo de la historia del hombre sobre la tierra, a diferencia del capítulo que lo precede, donde el enfoque era la creación cósmica. Por ejemplo, el paraíso es narrado con el fin de dar explicación al mal en el mundo. Todo en este capítulo está orientado hacia el hombre, objeto de preocupación, felicidad y amor divino. Dios prepara el medio para la felicidad del hombre y establece una relación amistosa con este.

Ambos relatos coinciden en que Dios no tiene principio, que es un ser personal, que Él ha creado todo lo que existe, que el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios y se mantiene en lo alto de la creación, que el hombre y la mujer están hechos para estar juntos, y que la creación es parte de los planes perfectos de Dios.

El Nuevo Testamento termina por confirmar algunos aspectos del Dios Creador. Mateo 11:25 habla del señorío de Dios sobre la creación: *“En aquel tiempo, respondiendo Jesús, dijo: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños”*. En Hechos 4:24 vemos a la iglesia primitiva alabando a Dios como el Creador de todas las cosas: *“Y ellos, habiéndolo oído, alzaron unánimes la voz a Dios, y dijeron: Soberano Señor, tú eres el Dios que hiciste el cielo y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay”*. En Hechos 14:15, Pablo y Bernabé profesan la fe en el único Dios con la misma fórmula: *“Varones, ¿por qué hacéis esto? Nosotros también somos hombres semejantes a vosotros, que os anunciamos que de estas vanidades os convertáis al Dios vivo, que hizo el cielo y la tierra, el mar, y todo lo que en ellos hay”*. Esteban cita Isaías 66:1-2 ante el tribunal, diciendo: *“El cielo es mi trono, y la tierra el estrado de mis pies. ¿Qué casa me edificaréis? dice el Señor; ¿O cuál es el lugar de mi reposo? ¿No hizo mi mano todas estas cosas?”* (Hch. 7:49-50).

También Pablo en el Areópago de Atenas expresa su fe en el Dios creador, pero a la vez afirma la trascendencia y la inmanencia de Dios: *“Entonces Pablo, puesto en pie en medio del Areópago, dijo: Varones atenienses, en todo observo que sois muy religiosos; porque pasando y mirando vuestros santuarios, hallé también un altar en el cual estaba esta inscripción: AL DIOS NO CONOCIDO. Al que vosotros adoráis, pues, sin conocerle, es a quien yo os anuncio. El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas, ni es honrado por manos de hombres, como si necesitase de algo; pues él es quien da a todos*



vida y aliento y todas las cosas. Y de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra; y les ha prefijado el orden de los tiempos, y los límites de su habitación; para que busquen a Dios, si en alguna manera, palpando, puedan hallarle, aunque ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros. Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos; como algunos de vuestros propios poetas también han dicho: Porque linaje suyo somos". También podemos ver menciones al Dios creador en las cartas paulinas, por ejemplo, en Efesios 3:9: "... y de aclarar a todos cuál sea la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios, que creó todas las cosas"; y en 1 Timoteo 6:13: "Te mando delante de Dios, que da vida a todas las cosas, y de Jesucristo, que dio testimonio de la buena profesión delante de Poncio Pilato".

De igual manera podemos encontrar en el Nuevo Testamento expresiones acerca de Dios como arquitecto cósmico (Lucas 11:50; Juan 17:5; Efesios 1:4) –La frase “desde la fundación del mundo” (*katabolé kosmou*) nos habla acerca de la preexistencia de Dios y del Verbo–, de la creación de Dios por la palabra (Romanos 4:17, según la interpretación de algunos autores) y de su absoluta propiedad sobre todas las cosas creadas (Mateo 28:18, 2 Corintios 4:6, 2 Pedro 3:5, Hebreos 1:3), de la confianza en un Creador que sigue interactuando con sus criaturas (Lucas 12:24).

Ahora, más allá de las similitudes con el Antiguo Testamento, el Nuevo Testamento nos presenta una visión cristocéntrica de la creación, dejando por un momento la antigua visión teocéntrica. Lo que se dice de Dios como Creador, es también dicho a Jesucristo.

Desde la fe cristiana la creación es comprendida, tanto en su origen como en su fin, en términos del misterio de la encarnación. Es Cristo quien revela el misterio. Toda la creación camina hacia la redención en Él. El cristocentrismo afirma que detrás de la creación del hombre está Cristo, y que los valores de Cristo no son más que la plenitud de los valores humanos con los cuales fueron formados.

Para ver todo nuestro contenido visítenos en:

<https://www.llamadaweb.org/>

Le recomendamos conocer nuestra literatura disponible:

<https://www.llamadaweb.org/tienda/>

¡Síguenos en nuestras redes sociales!

